

El Intercambio Simbólico y la Muerte

Una aproximación a Jean Baudrillard

Nelly Vásquez de Peña

*Instituto de Filosofía del Derecho "Dr. J. M. Delgado Ocando".
Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Universidad del Zulia.
Maracaibo-Venezuela*

Resumen

En el presente trabajo, nos proponemos realizar una recensión de la obra de Jean Baudrillard intitulada, "El Intercambio Simbólico y la Muerte", la cual se inscribe dentro de la corriente de pensamiento postmoderno y desde allí, con una perspectiva económica y lingüística, revela una serie de problemas que están vinculados con el diagnóstico y la descripción del contexto económico, social y político de la actual sociedad capitalista. El nombre de la obra es descriptivo de la desconstrucción que el autor hace de los conceptos básicos alrededor de los cuales ha girado la economía política de la modernidad; tales como producción, trabajo, moneda, salario, etc. Todos estos conceptos tenían en el estadio clásico y racional de la economía política un referencial con el que se correspondían y que hoy se ha perdido, en un sistema de intercambio simbólico que genera una hiperrealidad proclive a la simulación, a la reproducción, al artificio y que tiene la particularidad de producirse en un proceso cibernético teleonómico, en el que el fin está

Recibido: 18-06-97 • Aceptado: 16-09-97

anticipado, por lo que cualquier movimiento de protesta orientado a destruir esa circularidad, está condenado al fracaso.

Palabras Claves: Postmoderno, Intercambio Simbólico, Desconstrucción, Hiperrealidad, Proceso cibernético teleonómico.

Symbolic Interchange and Death

An approach to Jean Baudrillard

Abstract

In this article we try to make a review of Jean Baudrillard's work titled: "Symbolic Interchange and Death", which inscribes within the postmodern thought current and from which, with an economic and linguistic perspective, it reveals some problems related to the diagnosis and the description of the economic, social and political context of the present capitalist society. The name of the work is descriptive of the deconstruction the author does of the basic concepts around which the political economy of modernity has turned; such as production, work, currency, wages, etc. All these concepts had in the classic and rational stage of political economy a referential with which they corresponded themselves and nowadays it has been lost in a system of symbolic interchange which generates an hyper-reality inclined to simulation, to copy, to artifice and which has the particularity of being performed in a teleonomic cybernetic process in which the end is anticipated, so any protest movement led to destroy that circularity is condemned to failure. (Translated by Hortensia Adrianza de Casas)

Key Words: Postmodern, Symbolic Interchange, Deconstruction, Hyper-reality, Teleonomic Cybernetic Process.

Introducción

En la obra de Jean Baudrillard "El Intercambio Simbólico y la Muerte", nos encontramos con una descripción descarnada de la crisis de la sociedad capitalista totalmente teleonómica.

Desde una perspectiva y lingüística, revela una serie de problemas que están vinculados con el diagnóstico y la descripción del contexto económico, social y político actual. Inscrito dentro de la corriente postmoderna, se muestra en ocasiones con rasgos de modernidad: la crítica satírica, la queja y el melodrama, el rechazo de lo que ocurre en el contexto de la sociedad occidental y el asomo de soluciones a los problemas que plantea la economía política de nuestro tiempo. Estas cuestiones son, evidentemente, extrañas a cualquier enfoque postmoderno.

El nombre de la obra es descriptivo de la desconstrucción que el autor hace a lo largo de su obra, de los conceptos básicos alrededor de los cuales ha girado la economía política, tales como la producción, el trabajo, el salario, la moneda, etc. Todos estos conceptos tenían en el estadio clásico y racional de la economía política, un referencial con el que se correspondían; ecuación perfecta entre significante y significado, ecuación que se ha perdido en un sistema de intercambio simbólico en el que no existe ya la ley de la equivalencia y donde lo real se confunde con lo imaginario. Los signos lingüísticos y los elementos de la economía no se corresponden ya con lo que tradicionalmente han significado, porque han perdido su referencial en una constante duplicación y reproducción de ellos mismos. La moneda, reflejo de una economía determinada y valor de cambio por excelencia, se ha desconectado por completo de la producción y se ha convertido en un valor autónomo, capaz de producir una vorágine de transacciones financieras que ha substituido a la economía real por una economía ficticia. Y ese proceso de reproducción se ha extendido a todo el ámbito de la vida huma-

na: al arte, a la arquitectura, a la pintura hiperrealista del "pop art", que reproduce de una manera extraordinaria la realidad, desafiando a la técnica de reproducir fotográficamente a los objetos o a las personas; tal como lo hiciera Andy Warhol con la figura de Marilyn Monroe. Las torres gemelas de New York, las torres del World Trade Center, son el signo visible de la decadencia de un sistema por el vértigo de la duplicación. El ser idénticas puso fin a toda competencia y a toda referencia al original. Los demás rasca-cielos a pesar de ser menos altos que el WTC, conservan sin embargo la competencia por la verticalidad, son cada uno el momento original de un sistema que se supera en la crisis y se crece en los desafíos. La protesta libidinal de los excomunicados para agredir al sistema, valiéndose del "grafiti" para ensuciar la ciudad; o la respuesta ecológica graficada en dibujos alusivos a la conservación del medio ambiente y al rescate de la penuria en que se encuentra el planeta, los "city wall" como los llama Baudrillard.

Todo eso es la hiperrealidad, proclive al intercambio, a la simulación y al artificio, y que tiene la particularidad de producirse en un proceso cibernético teleonómico, en el que el fin está anticipado, por lo que cualquier movimiento de protesta orientado a destruir esa circularidad, está condenado al fracaso. Frente al proceso de explotación, relegación, discriminación y excomunicación, al asalariado sólo le queda la muerte lenta porque el capital le ha confiscado la vida. La obra de Baudrillard incita a la reflexión, pero deja una sensación de amargura e impotencia frente a la imposibilidad de una reconstrucción de la economía política real, porque precisamente, es en su ámbito donde se cumple de manera implacable el intercambio simbólico y la muerte.

La obra de Baudrillard es muy densa y contiene el análisis de muchos aspectos que hemos tratado de recoger en cuatro planteamientos que, a nuestro modo de ver, son centrales. Ellos son:

1º La semejanza entre la lengua y la economía como sistemas de valores.

2º La genealogía de la producción y desconstrucción de la misma a través del trabajo, del salario y de la moneda.

3º La no apuesta del "obrero asalariado" o "agente productivo" frente al capital mediante la huelga y la crisis de la representatividad del movimiento sindical.

4º La economía/política como modelo de imitación, de simulación y de muerte.

A continuación presentamos una explicación de cada uno de los anteriores planteamientos.

I. La semejanza entre la lengua y la economía como sistemas de valores

Considera Baudrillard que Saussure, así como Marx -cada uno en su respectivo campo-, definían una configuración racional del concepto de "valor".

Saussure afirmaba una doble dimensión al intercambio de los signos asimilándolos a la moneda: En primer lugar la moneda debe poder cambiarse por otro bien real. En segundo lugar la moneda debe poder ser correlacionada con todos los otros elementos del sistema monetario.

En la primera dimensión encontramos el valor de uso de la moneda; entendiéndose por tal, la satisfacción de necesidades humanas por medio del cange de la moneda por otro bien real. En la segunda dimensión encontramos el valor de cambio, entendiéndose por tal la posibilidad de intercambio sin fin y autonomización del signo monetario. Ambas dimensiones son distintas pero articuladas y coherentes. Sin embargo, desde Adam Smith y posteriormente Marx; se privilegia el valor del cambio sobre el valor de uso.

El valor de uso actúa como horizonte y finalidad del sistema del valor de cambio.

Mutatis mutandi, refiriéndonos a la comparación de Saussure, el signo lingüístico tiene una relación de equivalencia con aquello que designa, del significante con su significado. Esta es la dimensión funcional del signo, mientras que la relatividad interna de todos los signos entre sí, corresponden a la dimensión estructural del signo. También aquí, la dimensión funcional del signo aparece como la finalidad de la organización estructural de la lengua.

Una revolución estructural del valor puso fin al estadio clásico del valor y esos dos aspectos del valor que se creían coherentes para siempre, se encuentran hoy desarticulados. El valor referencial de los signos y el valor de uso de la producción material han sido aniquilados en provecho del juego estructural del signo y de la intercambiabilidad del valor. Prevalece el estadio de la relatividad total de la conmutación general y la simulación. Simulación en el sentido de que todos los signos se intercambian entre sí sin cambiarse por algo real. El signo se emancipa y así queda libre de la obligación arcaica de tener un significado o referencial, y pasa a jugar el juego estructural o combinatorio en el que rige la regla de la indiferencia y de la indeterminación total. Igual sucede a nivel del proceso de producción. El capital ha liberado a los signos de la ingenuidad de estar encadenados a lo real y los ha entregado a la pura circulación.

Lo real ha muerto bajo el golpe de la autonomización del valor, descuartizando la dialéctica del signo y de lo real que es al mismo tiempo, el período clásico del capital y del valor. Por supuesto esta ruptura no pudo ser prevista por Saussure ni por Marx. La revolución estructural del valor ha exterminado lo real de la producción en el campo económico y lo real de la significación en el campo lingüístico.

Hemos pasado de la ley mercantil del valor a la ley estructural del valor y esto coincide con la volatización de la forma social llamada producción.

II. La genealogía de la producción y desconstrucción de la misma a través del trabajo, del salario y de la moneda

En los primeros tiempos, una sociedad en vías de racionalización encierra a sus ociosos y los ocupa imponiéndoles su principio racional de trabajo. La fábrica, el "encierro" en el sentido Foucaultiano, es un "micro-modelo que va a generalizarse después, como sistema industrial, a toda la sociedad convertida en un campo de concentración, de arresto, de reclusión. Por eso afirma Baudrillard que en la historia no han habido verdaderamente luchas de clases, lo que ha habido es la lucha de los "infrahombres" contra su estatuto de bestias. El obrero no ha estado sometido al estatuto de la explotación sino al estatuto de la excomunicación, de la discriminación y del mercado. Hoy después de muchas luchas el trabajador es un ser "normal", porque ha sido promovido a la dignidad de ser humano y en tanto tal, reproduce por su cuenta todas las discriminaciones dominantes: es machista, es represivo y en ocasiones está del lado de la burguesía, es decir, del lado humano, del lado "normal".

II.1 El trabajo

De acuerdo con Marx el trabajo es productivo si produce su contrario, es decir, el capital. De esto se concluye que si el trabajo llega a reproducirse así mismo, como es el caso hoy día, deja de ser productivo. Si tuviésemos que definir hoy al trabajo tendríamos que definirlo como "trabajo-servicio", pero no en el sentido feudal de obligación y reciprocidad, sino en el sentido de que el servicio es inseparable del trabajador, prestación de tiempo, hacer acto de

trabajo como acto de presencia, es el paso a la dominación real, es decir, a la demanda y requisita total de las personas.

En este sentido el trabajo no se distingue de su contrario, el tiempo libre, porque el tiempo libre es hoy igualmente un servicio prestado que debería merecer un salario, es una forma de trabajo "complejo" donde tampoco hay equivalencia con un salario reproductor de la fuerza de trabajo. El trabajo-servicio convierte al obrero asalariado explotado a muerte, en "agente productivo", esto significa por antífrasis el estatuto del que no produce nada, el maniquí del trabajo. Lo que caracteriza al agente productivo no es su explotación, no es ser materia prima de un proceso de trabajo, lo que lo caracteriza es su intercambiabilidad, su carácter de desinencia inútil del capital fijo; es el obrero al lado de la producción de que nos hablaba Marx, es decir, cuando el hombre deja de ser el sujeto principal de la producción. En este estadio del capital no hay producción sino exclusión y relegación del hombre.

En el escenario actual, el trabajo invade toda la vida como represión fundamental en lugares y tiempos regulados conforme a un código omnipresente. La fuerza de trabajo no es una fuerza, es una definición, es un axioma y su operación real en el proceso de trabajo, su valor de uso no es más que la duplicación de esta definición: Reproducción del trabajo.

Cuando la producción alcanza esta circularidad, hay que decir que el proceso de producción deja de ser un proceso de trabajo y el proceso de capital mismo deja de ser un proceso de producción.

Si se quiere analizar la dimensión actual y real del capital, hay que declarar desaparecida a la fábrica. El trabajo está en todas partes porque ya no existe el trabajo. La fábrica pierde sus límites y se dispersa en toda la extensión de la sociedad, de tal suerte que distinción entre fábrica y sociedad se vuelve ideológica, porque la forma carcelaria, la discriminación, ha invadido todos los

momentos de la vida real. El "agente productivo" se convierte en usuario de la fábrica y de su trabajo como equipo individual y colectivo, como servicio social. Pero así como hay iglesias para ocultar que Dios ha muerto o que está en todas partes, siempre habrá fábricas para ocultar que el trabajo ha muerto o que está en todas partes. El trabajo se ha convertido en el modo de vida, el obrero es el usuario de su vida y de su muerte. El trabajo como relación simbólica es una muerte diferida, es una muerte lenta y su opuesto no es el no-trabajo o tiempo libre sino la muerte violenta, el sacrificio. El que trabaja es aquel al que no se le ha dado muerte, al que se le ha rehusado ese honor. En esta relación simbólica el poder del amo no está en darle muerte al trabajador sino precisamente en conservarle la vida y diferirle la muerte. El amo confisca la muerte del trabajador en el sentido hegeliano, es decir, la vida destilada del esclavo sirve a la reproducción indefinida de la dominación y del poder. El esclavo continúa prisionero de la dialéctica del amo porque éste neutraliza la réplica simbólica del esclavo mediante el salario.

II.2 El salario

El salario es el signo de la obediencia a la regla del juego del capital, es un sacramento como el bautismo o la extremaunción. Este sacramento hace del trabajador un ciudadano de la sociedad política del capital. El capital inviste al trabajador del salario como se inviste de un cargo. Por el salario el trabajador se convierte en adquirente de bienes como el capital se convierte en adquirente de la fuerza de trabajo.

A partir del momento en que el salario es desconectado de la fuerza de trabajo, aparte de los sindicatos, nada se opone a una reivindicación salarial maximalista e ilimitada. La reivindicación salarial del obrero explotado pero con conciencia de clase, giraba alrededor de negociar su condición de productor. Hoy a los asala-

riados el capital les asigna un rol de no-productivos, puesto que lo que hacen es reproducir el trabajo. Desde el momento en que es desposeído de su explotación misma, del uso de su fuerza de trabajo, desclasado, el trabajador puede exigir todo mientras que como explotado debe conformarse con lo mínimo. Dice Baudrillard, que es significativo que los sindicatos están siempre muy aprontados para devolverle a los asalariados inconscientes su condición de clase y convencerlos de la equivalencia salario-trabajo, equivalencia que el propio capital se ha encargado de abolir. Es significativo que los sindicatos intervienen siempre para canalizar el chantaje salarial ilimitado del asalariado hacia una sana negociación con el capital.

II.3 La moneda

Baudrillard le concede razón a Saussure cuando afirma que la economía política es una lengua y la misma mutación que afecta a los signos de la lengua cuando pierden su estatuto referencial, afecta también a las categorías de la economía política. La ruptura de la equivalencia significante-significado y salario-trabajo se confirma también en las siguientes direcciones:

- 1.- Desconexión de la producción de toda referencia social. La producción entra en la fase de desarrollo que apunta no a una aceleración en la productividad, sino estructuralmente a una inflación de los signos de la producción y por supuesto, del signo monetario. El tiempo de trabajo social abstracto pierde su referencial.
- 2.- Desconexión del signo monetario de toda producción social: La moneda entra entonces en la vorágine de la especulación y la inflación ilimitada. El patrón-oro pierde su función de índice y de criterio de equivalencia. La moneda se vuelve especulativa y pasa del signo referencial a la forma estructural.

La moneda puede así reproducirse a sí misma según un simple juego de transferencias, según una duplicación incesante de su propia sustancia abstracta. Hot Money, así se llama a los eurodólares, pero sería más adecuado decir que la moneda actual se ha vuelto cool. La producción y el trabajo clásicos, proceso Hot por excelencia, han cedido el puesto al sistema cool. El proceso de trabajo es cool, la producción es cool, la moneda es cool. Mientras quede referencial, mientras quede mensaje estamos en lo Hot, cuando el medio se vuelve mensaje estamos en la era cool.

La moneda es la primera mercancía que pasa al estatuto de signo y escapa al valor de uso, pero hoy ha dado un paso más, porque también está escapando al valor de cambio. Librada a su propio mercado se vuelve simulacro autónomo vaciada de todo mensaje y de toda significación de cambio, se convierte ella misma en mensaje y se cambia por ella misma. Ya no es una mercancía puesto que carece de valor de uso y de valor de cambio. Esta flotación se produce en todas las categorías de la economía política desde el momento que pierde su referente-oro; la fuerza de trabajo, la producción y el sujeto como equivalente mental del patrón-oro también flotan. Si el sujeto de la conciencia es el equivalente mental del patrón-oro, entonces el sujeto inconsciente es el equivalente mental de la moneda especulativa y de los capitales flotantes. El inconsciente es la estructural mental contemporánea de la revolución estructural del valor.

III. La no -apuesta del "obrero asalariado" o "agente productivo" frente al capital, mediante la huelga y la crisis de la representatividad del movimiento sindical

Las formas satisfechas con que el capital aniquila al trabajador asalariado, han aniquilado también el sentido y la eficacia que tenían los recursos reivindicativos de que disponían los trabajado-

res en la época de oro de la economía política. La huelga o el paro de trabajo no amedrentan al capital o al Estado, porque la intervención espúrea de los sindicatos les aseguran la paz laboral.

III.1 La huelga

Réquiem por la huelga; ¡la huelga ha muerto!

Históricamente la huelga se justificaba como violencia organizada, con el fin de arrancarle a la violencia opuesta del capital, una fracción de la plusvalía y en algunos casos parte del poder.

Sucede que hoy el capital o el estado tiene capacidad para dejar podrir todas las huelgas y esto, porque no estamos ya en un sistema de producción en que se busca la maximización de la plusvalía. La producción también ha muerto y lo que se preserva es la reproducción de la forma de la relación social. Que parezca la ganancia con tal de que el sistema se salve.

Por otra parte las huelgas en el fondo no cambian nada; por lógica propia el capital o el Estado habrían otorgado a plazo, lo que las huelgas pretenden haber arrancado por su acción.

Los desclasados, entiéndase hoy: los inmigrantes y cualquier grupúsculo carente de representación social, por no pertenecer al sindicato, al partido o por estar en situación ilegal en el país son precisamente los que han dado sentido a las últimas huelgas y su apuesta apunta a la desestabilización del sistema. Pero los inmigrantes pueden dejar de serlo, porque esos no-clase no constituyen un nuevo sujeto histórico ni un neoproletariado que releve a otro. Su situación es transitoria porque los sindicatos y los patronos han olfateado ya el problema y se dedican a reintegrarlos como comparsas con plenos derechos en la escena de la lucha de clases. Como último, y en la actualidad el único recurso de que dispone el trabajador frente al poder omnímodo del capital o del Estado: la

huelga es precedida por el "paro de trabajo", eufemismo que dice mucho más que el término huelga.

La huelga por la huelga es la verdad actual de la lucha. Sin motivación, sin referencial político, sin valor de uso social, responde por medio de la oposición a una producción que se encuentra ni más ni menos que en la misma situación: la producción por la producción, es decir, a un sistema que no es más que un sistema de reproducción. La huelga deja de ser un medio para convertirse en fin. A esta absurda circularidad de un sistema que trabaja para producir trabajo, corresponde la reivindicación de la huelga por la huelga. En eso paran las huelgas reivindicativas: páguennos las jornadas de huelga para que podamos reproducir las huelgas. Todo es reproductivo, se ha perdido la finalidad completa que distingue a esta categoría.

III.2 Los sindicatos

Réquiem por los sindicatos, el sindicato ha muerto. También a los partidos políticos les queda morir.

La crisis de la representación es el aspecto político crucial de los últimos movimientos sociales y la huelga marzo-abril del 73 en las fábricas de la Renault es una muestra de ello. Los sindicatos se vieron arrinconados entre la base y la dirección, entre los obreros representados por ellos y los patronos. Todo fue un fracaso, y la única victoria -si es que a eso puede llamársele victoria-, fue terminológica: de "obrero asalariado" el trabajador pasó a ser "agente productivo". Los sindicatos en esta oportunidad mostraron que no representan a nadie y al final, los obreros reemprenden el trabajo después de un resultado nulo, cuando habían rehusado hacerlo días antes, con mejores ventajas.

Nos encontramos un hecho que es difícil de asimilar por los trabajadores, y es que la lucha social se ha desplazado del enemigo

de clase tradicional: patronos y capital; hacia un enemigo interno, hacia la propia instancia representativa de clase: partido o sindicato. La instancia a la que los trabajadores delegan su poder, se vuelve contra ellos bajo la forma de delegación del poder patronal o gubernamental, según sea el caso. Hay una cuestión muy significativa y es que mientras el capital enajena la fuerza de trabajo y su producto el trabajo, los sindicatos y los partidos enajenan el poder social de los trabajadores. Mientras el capital tiene el monopolio de la producción, los sindicatos y los partidos tienen el monopolio de la representación.

La apuesta a este nivel es extraordinaria. Es todo el edificio social el que amenaza derrumbarse con la legitimidad de la representatividad sindical. Pero los trabajadores no apuestan. En mayo del 68 fueron los sindicatos los que salvaron el régimen. Ahora suena su hora: ¿son representantes del agente productivo o son simple mensajeros del capital o del Estado?

IV. La economía política como modelo de imitación, de simulación y de muerte

En los tiempos actuales se ha generalizado la especie de que para reactivar el principio de lo económico hay que regenerar la penuria. De allí el discurso ecológico, donde la amenaza de escasez absoluta restituye una ética de la conservación. La crisis va a permitir devolver al código de la economía su referencial perdido.

Lo económico pasa a ser el discurso explícito de toda sociedad. Mayo del 68 ha marcado la etapa decisiva en la naturalización de la economía política; y el capital que ha puesto a la gente a trabajar, también la ha puesto en la cultura, en la libertad, en la necesidad, en el derecho, en el instinto de conservación y también en el instinto de muerte. Los ha amaestrado para disimular el proceso de dominación bajo la máscara determinante de la economía polí-

tica. En lo sucesivo lo real para nosotros es la economía política, así como lo real para el signo es su referencial. La economía política tiene el deber de preservar el equilibrio dialéctico del sistema y lo hace a través de la simulación, lo real es por lo tanto lo imaginario, de allí el tipo de crisis que nos agobia hoy. Pero de acuerdo con esta lógica de la simulación, el error de los estrategas es considerar que el sistema se puede derrotar por una revolución directa de la infraestructura económica o política. Si la dominación proviene de que el sistema detenta la exclusividad del don sin contra-don, sistema de gratificación sin salida, entonces la única solución es volcar contra el sistema el principio mismo de su poder: desafiar al sistema con un don al cual no puede responder sino con su propia muerte y su propio derrumbe. La única réplica eficaz al poder es devolverle lo que nos da y esto no es posible simbólicamente más que con la muerte. Porque nadie ni siquiera el sistema escapa a la obligación simbólica, y en esta trampa está la única oportunidad de su catástrofe.

El asceta que se mortifica desafía a Dios a devolverle un día el equivalente, pero el sueño secreto del asceta es llegar a un punto de mortificación, frente al cual Dios mismo no puede librarse del desafío ni borrar la deuda. Entonces él habrá triunfado sobre Dios y él será Dios.

Lo mismo sucede en nuestra relación con el sistema de poder. El poder vive de la muerte lenta del explotado; por eso, el poder da siempre más para esclavizar mejor. Todas las instituciones sociales, políticas, económicas están allí para que nadie tenga ocasión de un desafío simbólico, de ese desafío a muerte, de ese don irreversible. Es necesario que esta posibilidad directa de enfrentamiento simbólico no tenga lugar nunca. Es necesario que todo se negocie y este es el motivo de nuestra profunda rabia: no dispone-mos, o no queremos disponer de un contra-don que produzca la muerte del sistema.

Lo económico logra el milagro de disfrazar la verdadera estructura de poder invirtiendo los términos de su definición, en realidad trabajo, salario, poder, revolución, todo hay que leerlo al revés:

- El trabajo no es explotación, es un don dado por el capital.
- El salario no es arrancado, es dado también, no compra fuerza de trabajo, lo que hace es rescatar el poder del capital, la dominación pura del don, los bonos y la prima.
- La muerte lenta del trabajo no es sufrida, es un desafío del trabajador por el don dado por el capital.
- La muerte violenta en accidentes de tránsito, la sangre en las carreteras, es una forma desesperada de compensar los dones que el Estado nos ha dado en forma de pavimento.

Ello es posible en el campo de la economía política, porque ella es el modelo de la imitación, de la simulación y el artificio, el campo donde la extinción de la referencia original permite la ley generalizada de las equivalencias, es decir, la posibilidad misma de la reproducción. Así se delinea el modelo estratégico actual, que substituye en todas sus partes al gran modelo ideológico que fue en su tiempo la economía política.

En un principio la producción de un objeto planteaba el problema de su originalidad y su falsificación. Posteriormente con la revolución industrial surge una nueva generación de signos y de objetos con los cuales ya no se plantea el problema de su origen, ni mucho menos, su singularidad, puesto que serán producidos en escala gigantesca. La técnica es su origen y sólo tienen sentido en la dimensión del simulacro industrial. Nace la serie. La relación entre estos objetos es la indiferencia, la equivalencia. Los objetos se vuelven simulacros indefinidos los uno de los otros y con los objetos también se vuelven simulacros indefinidos los hombres que los producen. Se acabó la evolución dialéctica porque reina el indeterminismo discontinuo del código genético que rige la vida.

Los grandes simulacros construidos por el hombre pasan de un universo de leyes naturales a un universo de estructuras y de oposiciones binarias. Hasta el momento podemos señalar tres formas de generación de objetos. Primera es la determinación: producción del original y hay preocupación por la clasificación. Segunda: la indeterminación, es decir, la serie, la madre es la técnica y no hay preocupación por la falsificación puesto que se producen iguales y en gran escala; y tercera: la forma actual; la nueva configuración operacional es la generación por modelos, control cibernético del código. La digitalidad es su principio metafísico, el Dios de Leibniz y el ADN su profeta. El hombre pasa de una dimensión genérica a una dimensión genética por la omnipresencia de los ácidos nucleicos: el ADN y el ARN.

La realidad de hoy es hiper-realista, hay una duplicación minuciosa de lo real. Hay una fascinación especial en su duplicación, porque es la repetición del signo precisamente, lo que pone fin a lo que el signo designa.

En su reproducción indefinida el sistema pone fin a su mito de origen, a sus contradicciones internas y a todos los valores referenciales. Ya no hay referencial al que confrontarlo y pone fin también al mito de su fin: la revolución.

La realidad ha muerto, la economía política es la reina.

Lista de Referencias

Baudrillard, Jean; **El intercambio simbólico y la muerte**. Caracas, Monte Avila, 1993, Trad. de Carmen Roda.

